

IDENTIFICACION, SUPERYO Y CARACTER

Nilda Neves

De los tres tipos de identificaciones que anuncia Freud: primarias, secundarias y sin investidura objetal, voy a referirme al segundo grupo, las identificaciones secundarias que dan lugar a la constitución del Superyó y del carácter.

La corriente de las identificaciones secundarias surge en la fase fálica. El trauma del registro de la diferencia de sexos y el temor correlativo a la castración imponen un cambio en relación con los deseos incestuosos que pueden seguir dos caminos: sucumbir a la represión o dar lugar a una nueva estructura: el Superyó. Lo que permite que surja esta nueva estructura es el proceso identificatorio. El cambio introducido consiste en el retiro de investidura de los objetos edípicos, tanto de la investidura erótica como de la hostil. Es posible suponer que la primera investidura de objeto que se convierte en identificación secundaria es la libidinosa y ello como consecuencia del registro traumático de la diferencia de los sexos que produce el alejamiento intrapsíquico del niño con respecto a la madre y la transformación de su representación en ideal superyoico. En un segundo momento debe agregarse a esta identificación secundaria con la madre el refuerzo fundamental de la identificación con el padre a través de un proceso de desidealización de la persona que culmine en una identificación con el Ideal del Yo paterno. Esta es una secuencia que implica sucesivas transformaciones en el Superyó.

El desenlace de las relaciones con ambos padres en identificaciones primarias y secundarias constituye el núcleo del Superyó.

El aserto de Freud de que el Superyó es el heredero del complejo de Edipo; implica una secuencia ineludible: Identificaciones primarias en la prehistoria del complejo de Edipo, investidura objetal en el complejo e Identificaciones secundarias en su heredero. Sin identificaciones secundarias no hay Superyó y ellas derivan de la renuncia pulsional a los objetos edípicos.

La secuencia descrita y su desenlace deben ser entendidos a través de la articulación de dos estructuras yoicas: el Yo de placer purificado y el Yo de realidad definitivo.

El Yo placer purificado está constituido en base a identificaciones primarias, o sea en base a vínculos en los que el deseo presente es el de "ser", de ser uno con el otro; se trata de un vínculo de fusión en el que el objeto en calidad de modelo es incorporado al Yo según la vigencia estricta del principio de placer, todo lo que es placentero es Yo, todo lo displacentero queda ubicado afuera. La identificación primaria con el modelo en tanto paciente es contradictoria con la hostilidad que es proyectada fuera generando un primer objeto que se anhela destruir y luego dominar según sucesivas transformaciones que constituyen una primera investidura objetual de carácter hostil, dando lugar a la posición de rival. Tal como Freud lo expresa, el odio aparece como antecesor del amor y este momento es precursor de la investidura libidinosa de la fase fálica, tiempo en el cual se constituye el vínculo erótico de objeto, en base a un deseo ya no de ser sino de tener. Pero este objeto, madre, retiene aún la posición de modelo, al suponerla fálica; con el registro de la diferencia de sexos cobra un carácter traumático que disuelve la identificación primaria y también impone la renuncia al deseo erótico a través del complejo de castración.

El registro de la diferencia de sexos solo se vuelve eficaz en producir esos efectos a partir de que se haya instalado en el Yo la posibilidad de emitir un nuevo juicio, el de existencia; este juicio es función del Yo real definitivo, al cual ya no le importan tanto decidir sobre la cualidad placentera o displacentera de un objeto del mundo exterior, para incorporarlo o rechazarlo, sino determinar sobre la existencia real del objeto representado en el mundo exterior.

La identificación primaria corresponde a un momento de estructuración del aparato psíquico en el que la diferencia entre representación y percepción resulta intolerable, ya que el Yo depende de la percepción del objeto para tramitar sus exigencias pulsionales. El Yo real definitivo dispone de un recurso para sostenerse como sujeto de la pulsión; este recurso es la palabra. El preconciente verbal establece un modo diferente de acceso de lo inconciente a la conciencia: la proyección de los estados pulsionales en un soporte sensorial (característica del Yo placer purificado) es reemplazada por el esfuerzo psíquico por nominar. La pérdida del objeto puede ser sostenida en la mente como tal al culminar en un nombre. Sin embargo, al principio no existe contradicción entre ambos yoes, puesto que ocurre un traslado de la omnipotencia propia del Yo placer a la actividad nominativa. La palabra aparece como parte de la cosa y nominar es hacer que la cosa sea.

Cuando la palabra es parte de la cosa, ésta aparece como don de la madre con la que se conserva el vínculo de identificación primaria. Cuando por un proceso de refinamiento del aparato psíquico, la palabra comienza a separarse de la cosa, ocurre un enlace de otros procesos psíquicos a la palabra: los procesos de pensamiento; la palabra expresa no solo lo representado sino los pensamientos

inconcientes que permiten realizar nuevos enlaces entre las representaciones. Estos pensamientos se sostienen no ya en el discurso materno sino en el paterno. El acceso de los pensamientos inconcientes a la conciencia resulta de esta identificación con la palabra atribuida al padre, la cual significa una herida narcisista, una ofensa, una injuria en el Yo placer purificado, ya que es una palabra que ha perdido su enlace con la sensorialidad para pasar a expresar solo deseos. Esta ruptura del enlace entre palabra y cosa hace que desaparezca la supuesta coincidencia entre el Ello y la realidad exterior que era el soporte de la omnipotencia del Yo placer. Esa coincidencia pasa a constituir ese querer-alcanzar correspondiente a la función superyoica que da lugar a la creación de ideales.

Así como cada momento de omnipotencia del Yo placer coincide con un desarrollo pulsional, éstos mismos darán origen a rasgos específicos en el contenido del Ideal del Yo. La presencia de dichos rasgos derivados de las identificaciones secundarias mantienen la vigencia de la pérdida de objeto para la sensorialidad. El mecanismo de la sublimación va imponiendo un grado creciente de abstracción en dichos ideales por el cual se da un elevamiento de la meta pulsional que se aleja de la sensualidad y lleva a la creación de objetos en el mundo como bienes culturales.

El Yo real definitivo que emite el juicio traumatizante, el de la supuesta castración materna, es el que impone esta transformación en el Yo placer a través de la desexualización de sus metas pulsionales. La misma se realiza a través de procesos sublimatorios y formaciones reactivas. La investidura erótica sufre un abandono de la meta sensual que se transforma en ideal identificatorio, mientras el objeto se conserva para la meta tierna. En cuanto a la pulsión hostil, su destino parece ser la transformación del deseo agresivo en sentimiento de culpa que genera nuevas defensas en el Yo.

El surgimiento del Superyó como estructura basada en identificaciones secundarias es según Freud un desenlace solo ideal, ya que habitualmente una parte del Complejo de Edipo cae bajo los efectos de la represión primordial. Estos contenidos reprimidos primordialmente son eficaces luego en la producción de estructuras en las que también interviene el Superyó, ya sea imponiendo en el Yo la creación de nuevas represiones, esta vez secundarias, en el terreno de las neurosis o ya, otros mecanismos defensivos como la formación reactiva que interviene en la formación del carácter.

Identificación y carácter

En la composición del carácter Freud destaca la intervención de tres procesos: en primer término la constitución del Superyó, en segundo lugar identificaciones en el Yo y tercero el surgimiento de formaciones reactivas que desde el

Superyó son categorizadas como virtudes en el Yo. La formación reactiva es uno de los destinos que Freud asigna a las pulsiones parciales en el aparato psíquico luego de surgida la pulsión genital.

Recordemos cuales son esos destinos: 1) la subordinación a la pulsión genital como placer preliminar, 2) mantener su autonomía, dando lugar a las perversiones, 3) ser excluidas por represión, este es el terreno de las neurosis, 4) ser empleada de otro modo, a través de sublimaciones o formaciones reactivas.

Por otra parte, tanto la sublimación como la formación reactiva participan según Freud en la constitución del Superyó y en el carácter. Veamos como se articula: sabemos que el Superyó es una enérgica formación reactiva frente a los deseos incestuosos, sin duda esto es así, sobre todo en relación con los deseos hostiles, pero la formación reactiva no explica el elevamiento de la meta presente en el Superyó, que si bien no pasa a constituir objetos en el mundo da lugar a una nueva instancia de orden superior. Para entender esta transformación es necesario apelar a la sublimación, mecanismo que tiene un rol fundamental en la formación de los ideales superyoicos.

Los ideales, que dan lugar al carácter, surgidos en base a formaciones reactivas, se diferencian de los anteriores en que deben ser realizables para poder generar virtudes en el Yo, mientras que los que derivan de sublimaciones son valores inalcanzables, puramente abstractos.

Vemos así como la instauración del Superyó resulta el prerequisite para la formación del carácter, ya que es desde allí donde se categoriza al Yo como encarnación de virtudes.

En cuanto a las identificaciones secundarias que recaen sobre el Yo, parecen corresponder a un momento más tardío de la desinvestidura objetal, posterior a constituido el Superyó, razón por la cual recaen sobre el Yo. Las virtudes que desarrolla el Yo como rasgo de carácter permiten mitigar el dolor psíquico provocado por la renuncia pulsional al recibir el amor del Superyó, obteniendo una cierta satisfacción narcisista que puede ser incluida dentro del llamado "narcisismo de las pequeñas diferencias". Por otra parte, el rasgo de carácter supone una marca identificatoria como resto que presentifica al objeto perdido. Esta marca identificatoria tiene un doble sentido a la vez consagradorio e injurioso, ya que distingue al que la posee como diferente de otros y a la vez lo incluye como miembro de una clase, señalándolo como uno más.

La existosa conciliación que la formación reactiva le permite alcanzar al Yo entre sus vasallajes demanda un elevado esfuerzo psíquico que suele culminar en un enlace entre carácter y masoquismo. La articulación entre ambos temas lleva a la inclusión de un tercero con el que están íntimamente relacionados: la sexualidad femenina. Una breve descripción del llamado carácter masculino en la mujer abrirá un espacio de reflexión acerca de los conceptos trabajados.

Carácter masculino en la mujer

Recordemos que Freud señaló al carácter como uno de los tres caminos posibles de la sexualidad infantil en la niña. Tanto el carácter masculino como las inhibiciones o neurosis alcanzan diferentes desenlaces durante la pubertad y adolescencia.

En el primer tiempo de estructuración del carácter masculino la niña se niega a admitir la realidad de la diferencia de sexos, exagerando la masculinidad que suponía en sí misma, mantiene la masturbación clitorídea y busca refugio en una identificación con la madre fálica o con el padre. La defensa no es suficiente para recuperar el placer masturbatorio, envidia a la madre en la que supone ese goce y en la que además registra su propio deseo heterosexual proyectado (la madre traiciona el amor de la hija). Este cambio en el aparato psíquico de la niña transforma al modelo protector en hostil y hace caer el vínculo de identificación que pasa a sostenerse en el hombre como modelo y posteriormente como objeto de deseo de quien se espera recibir un hijo. La represión edípica se articula con la desmentida de la propia castración y culmina en una identificación con la madre fálica en el Superyó y en una identificación con el padre en el Yo.

En el segundo tiempo, el del reordenamiento puberal, ocurre una represión de la masculinidad en la niña; en los caracteres masculinos esto puede llevar a una posición pasivo-masquista como contrainvestidura. El fracaso de la represión puede llevar a la formación de síntomas o sea derivar en una neurosis, la histeria.

El complejo de masculinidad implica una doble posición, masquista en lo inconciente y sádica-activa en el preconciente. Al llegar la adolescencia esta posición sádica puede generar una nueva defensa, una formación reactiva y de allí surgir una oposición entre el sadismo y la ternura, que en la elección heterosexual de objeto derivará en ternura hacia el compañero acompañada del deseo de dominarlo como hijo. Del deseo masquista inconciente surge el anhelo de ser dominada por la palabra y la fuerza muscular de un hombre.

Un tercer desenlace correspondería a la elección de objeto homosexual por decepción.

RESUMEN

El trabajo aborda el tema de las identificaciones secundarias y su importancia en la constitución del Superyó y del carácter.

Se ubica el surgimiento de la corriente de las identificaciones secundarias en la fase fálica, como efecto de la eficacia del complejo de castración que impone el retiro de investidura de los objetos edípicos. El desenlace "ideal" de este proceso que es la creación de una nueva estructura, el Superyó, es enfocado

a través de la articulación de dos estructuras yoicas: el Yo placer purificado y el Yo real definitivo. Se analiza el surgimiento del Yo real definitivo como un momento de estructuración del aparato psíquico en que es posible tolerar la diferencia entre percepción y representación; este Yo puede sostenerse como objeto de la pulsión apoyándose en la palabra. Se destaca la importancia del preconciencia verbal que establece un modo diferente de acceso de lo inconciente a la conciencia, con lo cual la proyección como mecanismo esencial del Yo placer purificado, basado en identificaciones primarias, es reemplazado por el esfuerzo psíquico de nominar.

A continuación se describe la forma en que el Yo real definitivo impone transformaciones en el Yo placer consistentes en la desexualización de las metas pulsionales, con la intervención de sublimaciones y formaciones reactivas. Estos procesos desembocan en la formación de ideales superyoicos.

Se diferencia entre los ideales que darán lugar a la función superyoica del Ideal del Yo y aquéllos que derivaran en la formación del carácter. Se analiza la articulación de ambos conceptos en el surgimiento de la "virtud" como rasgo de carácter.

Finalmente se toma el tema del "carácter masculino en la mujer", en sus dos tiempos: el primero, como uno de los caminos que señala Freud a partir de la declinación del Complejo de Edipo en la niña y el segundo, como estructuración adulta luego del reordenamiento puberal.

ABSTRACT

The paper discusses secondary identifications and their importance in setting the superego and the character.

The appearance of secondary identification stream is placed in the phallic phase as a result of the castration complex efficiency that imposes the withdrawal of the edipic objects cathesis.

The "ideal" outcome of this process, that is the establishment of a new structure, the Superego, is focussed by means of de articulation of two Ego structures: the Ego of purified pleasure and the real definite Ego. The outcoming of the real definite Ego is analyzed as a moment of the psychic apparatus organization in which it is possible to tolerate the difference between perception and representation. This Ego can stand by itself as a drive object leaning on the word. It is pointed out the importance of the verbal preconscience that establishes a different way of approaching the unconscious to the conscience, so that the projection as an essential mechanism of the Ego of purified pleasure based on primary identifications, is replaced by the psychic effort of naming.

Then there is a description of how the real definite Ego imposes changes in

the Ego pleasure, consisting in the desexualization of the drive goals, involving sublimations and reactive formations.

It is also pointed out the difference between the ideals that originate the superego function of the Ideal of the Ego and those resulting in character formation. There is an analysis of the articulation of both concepts involved in the outcoming of the "virtue" as a trait of character.

Finally, the "male character in women" is considered in its two steps. First, as one of the ways pointed out by Freud from the declination of the Oedipus Complex in the girl; second, as the adult structuring after the puberal rearrangement.